



Cada domingo, millones de cristianos recitan el Credo casi de memoria. Las palabras salen de los labios con familiaridad: *“y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos...”*. Sin embargo, pocas frases del Credo generan hoy tanta incomodidad, confusión o incluso silencio como esta.

Hablar del juicio de Dios parece, para muchos, algo anticuado. Vivimos en una época que tolera cualquier cosa excepto la idea de que exista una verdad definitiva sobre el bien y el mal. Se habla mucho de autoestima, de bienestar emocional o de crecimiento personal, pero muy poco de responsabilidad moral, eternidad o juicio.

Y, sin embargo, la Iglesia nunca ha dejado de enseñar esta verdad fundamental: Jesucristo volverá glorioso al final de los tiempos y juzgará a toda la humanidad.

No se trata de una amenaza inventada para asustar conciencias. Tampoco de una imagen medieval destinada a controlar a la gente. El juicio final pertenece al núcleo mismo de la fe cristiana. Está en el Evangelio, en la predicación apostólica, en los Padres de la Iglesia y en el Credo profesado desde hace siglos.

El séptimo artículo del Credo nos obliga a mirar la vida desde una perspectiva mucho más grande que la del presente inmediato. Nos recuerda que la historia tiene un sentido, que el mal no triunfará para siempre, que la injusticia no tendrá la última palabra y que cada acto humano posee un peso eterno.

Cristo volverá: una verdad olvidada

El Catecismo tradicional enseña:

“Al fin del mundo Jesucristo, lleno de gloria y majestad, vendrá del cielo para juzgar a todos los hombres, buenos y malos, y dar a cada uno el premio o el castigo que hubiere merecido”.

Esta enseñanza se fundamenta directamente en las palabras de Cristo:



“Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”: el séptimo artículo del Credo explicado para nuestro tiempo | 2

“Verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria” (Mt 24,30).

La primera venida de Cristo fue humilde. Nació en un pesebre, vivió oculto durante años y murió clavado en una cruz. Muchos lo despreciaron, se burlaron de Él y lo condenaron injustamente.

Pero la segunda venida será completamente distinta.

Vendrá como Rey universal.

Vendrá como Señor de la historia.

Vendrá como Juez.

La tradición cristiana llama a este acontecimiento la **Parusía**, es decir, la manifestación gloriosa de Cristo al final de los tiempos.

Hoy el mundo vive como si Jesucristo jamás fuese a volver. La cultura moderna está obsesionada con el presente: consumir, producir, entretenerse, distraerse. La eternidad desaparece del horizonte mental. El hombre contemporáneo suele organizar toda su vida como si nunca tuviera que rendir cuentas ante nadie.

Pero el Credo rompe esa ilusión.

La historia humana no camina hacia el vacío. Camina hacia un encuentro definitivo con Cristo.

El juicio particular y el juicio universal

Aquí surge una pregunta importante que el Catecismo tradicional responde con claridad:

Si cada alma es juzgada al morir, ¿por qué habrá además un



“Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”: el séptimo artículo del Credo explicado para nuestro tiempo | 3

juicio universal?

La Iglesia enseña dos juicios:

1. El juicio particular

Ocurre inmediatamente después de la muerte.

El alma comparece ante Cristo y recibe su destino eterno:

- cielo,
- purgatorio,
- o infierno.

No existe la reencarnación.

No existe una “segunda oportunidad” después de la muerte.

No existe la disolución del alma en una energía cósmica.

La vida presente es el tiempo de la decisión.

Como enseña la Carta a los Hebreos:

“Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego el juicio” (Hb 9,27).

2. El juicio universal

Ocurrirá al final del mundo, cuando Cristo vuelva glorioso.

Entonces todos los hombres comparecerán públicamente ante Él.

No porque Dios necesite más información —Dios ya conoce perfectamente cada alma— sino porque ese juicio tendrá una dimensión universal, visible y definitiva.

El Catecismo señala cinco razones profundas para este juicio final.



1. El juicio universal manifestará la gloria de Dios

Vivimos en un mundo donde muchas veces parece que reina la injusticia.

Los corruptos prosperan.
Los violentos triunfan.
Los mentirosos son admirados.
Los impuros son celebrados.
Los fieles son ridiculizados.

Muchos se preguntan:
“¿Dónde está la justicia de Dios?”

Precisamente el juicio final revelará que Dios nunca perdió el control de la historia.

Entonces se verá con claridad:

- por qué permitió ciertos sufrimientos,
- cómo actuó secretamente la gracia,
- qué consecuencias reales tuvieron nuestras decisiones,
- y cómo su justicia fue perfecta incluso cuando parecía silenciosa.

Cuántas veces los santos fueron perseguidos mientras los impíos eran alabados. Pensemos en tantos mártires, religiosos, madres sacrificadas, sacerdotes fieles o cristianos escondidos que jamás recibieron reconocimiento humano.

El juicio final será la revelación pública de la verdad completa.

Nada quedará oculto.

Cristo mismo lo dijo:

“*Nada hay oculto que no llegue a descubrirse*” (Lc 8,17).



2. El juicio universal manifestará la gloria de Jesucristo

Esta parte es profundamente conmovedora.

Jesucristo fue juzgado por los hombres.

El inocente fue tratado como culpable.

La Verdad fue condenada.

El Autor de la vida fue ejecutado.

Ante Pilato parecía derrotado.

Ante Herodes parecía ridículo.

Ante la multitud parecía fracasado.

Pero el juicio universal invertirá completamente la escena.

Aquel Cristo humillado aparecerá como Juez soberano del universo.

El mismo que fue escupido será adorado.

El mismo que fue coronado de espinas será coronado de gloria.

El mismo que fue condenado por tribunales humanos juzgará a toda la humanidad.

Aquí hay una enseñanza muy actual.

Nuestra cultura pretende constantemente “juzgar” a Cristo:

- juzga su moral,
- juzga su Iglesia,
- juzga sus mandamientos,
- juzga el Evangelio.

El hombre moderno quiere sentarse en el trono de Dios y decidir qué está bien y qué está mal.

Pero el Credo recuerda algo esencial:



“Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”: el séptimo artículo del Credo explicado para nuestro tiempo | 6

no somos nosotros quienes juzgamos definitivamente a Cristo; será Cristo quien nos juzgue a nosotros.

3. El juicio universal manifestará la gloria de los santos

Muchos santos murieron incomprendidos.

Algunos fueron considerados locos.

Otros fanáticos.

Otros inútiles.

Otros fracasados.

El mundo rara vez entiende la santidad verdadera.

Pensemos en tantos:

- monjes ocultos,
- madres entregadas,
- ancianos que ofrecieron sus dolores,
- jóvenes que defendieron la pureza,
- sacerdotes perseguidos,
- cristianos ridiculizados por mantenerse fieles.

Hoy las redes sociales premian la apariencia, el ego y la exhibición constante. Pero Dios mira otra cosa: la fidelidad silenciosa.

El juicio universal mostrará el verdadero valor de esas vidas ocultas.

Entonces muchos que parecían insignificantes brillarán con una gloria inmensa.

Y muchos que parecían importantes quedarán en evidencia.

Cristo ya lo advirtió:



“Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”: el séptimo artículo del Credo explicado para nuestro tiempo | 7

“Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros” (Mt 19,30).

4. El juicio universal traerá la confusión de los malos

Este punto resulta especialmente incómodo para la mentalidad contemporánea, pero forma parte de la doctrina cristiana.

El Catecismo enseña que será grandísima la confusión de los malos, especialmente de aquellos que:

- oprimieron a los justos,
- fingieron virtud,
- manipularon a otros,
- o escondieron vidas gravemente pecaminosas bajo apariencias respetables.

Vivimos en una cultura profundamente obsesionada con la imagen.

Muchos construyen identidades públicas cuidadosamente diseñadas:

- apariencias de bondad,
- discursos morales,
- activismo superficial,
- espiritualidad estética,
- virtud exhibida para recibir aprobación social.

Pero Dios ve el corazón.

El juicio universal destruirá todas las máscaras.

No habrá marketing personal.

No habrá propaganda.

No habrá manipulación mediática.



No habrá posibilidad de esconder la verdad.

Esto debería provocar en nosotros no miedo neurótico, sino una llamada sincera a la autenticidad.

La santidad no consiste en parecer buenos.
Consiste en ser transformados realmente por la gracia.

5. El cuerpo participará también del premio o del castigo

Esta verdad es profundamente cristiana y muy importante.

No somos almas atrapadas en cuerpos, como pensaban algunas filosofías antiguas. El ser humano es una unidad de alma y cuerpo.

Por eso, al final de los tiempos, ocurrirá también la resurrección de los muertos.

Los cuerpos resucitarán:

- para gloria eterna,
- o para condenación eterna.

Aquí comprendemos algo decisivo:
lo que hacemos con el cuerpo importa.

En una época marcada por:

- la banalización de la sexualidad,
- el culto al placer,
- la pornografía,
- la ideología de género,
- la explotación del cuerpo humano,
- y la pérdida del sentido de la dignidad corporal,

la doctrina cristiana recuerda que el cuerpo está destinado a la eternidad.



“Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”: el séptimo artículo del Credo explicado para nuestro tiempo | 9

El cristianismo no desprecia el cuerpo.
Lo eleva.

Por eso los santos cuidaban la pureza, la modestia, el sacrificio y la disciplina corporal.
Sabían que el cuerpo no es un juguete ni un objeto de consumo: es templo del Espíritu Santo.

¿Debemos tener miedo del juicio final?

La respuesta depende de cómo vivamos.

Para quien rechaza obstinadamente a Dios, el juicio es terrible porque significa enfrentarse finalmente a la verdad.

Pero para quien ama sinceramente a Cristo, el juicio también es esperanza.

Vivimos en un mundo lleno de injusticias no resueltas:

- víctimas que nunca recibieron reparación,
- inocentes olvidados,
- sufrimientos ocultos,
- sacrificios ignorados.

El juicio final significa que Dios hará justicia perfectamente.

Nada bueno quedará sin recompensa.
Ninguna lágrima ofrecida por amor será inútil.
Ningún acto de fidelidad quedará olvidado.

El problema es que muchas veces queremos un Cristo Salvador, pero no un Cristo Juez.

Queremos misericordia sin conversión.
Consuelo sin arrepentimiento.
Cielo sin cruz.

Sin embargo, la misericordia auténtica no elimina la verdad. La presupone.



El juicio final y la vida cotidiana

Podría parecer que esta doctrina pertenece únicamente al terreno de la escatología o de los grandes tratados teológicos. Pero tiene consecuencias muy concretas para la vida diaria.

1. Nos ayuda a vivir con responsabilidad

Cada acto tiene valor eterno.

Cada decisión importa.

La cultura actual repite:

“haz lo que quieras”.

Pero el Evangelio enseña:

“vive de cara a la eternidad”.

2. Nos libra del cinismo

Muchos pierden la esperanza al ver tanta corrupción o maldad.

El juicio final recuerda que el mal no vencerá definitivamente.

Cristo tendrá la última palabra.

3. Nos llama a la conversión

Pensar en el juicio no debería producir desesperación, sino despertar espiritual.

La Iglesia siempre recomendó meditar en las postrimerías:

- muerte,



- juicio,
- infierno,
- gloria eterna.

No para vivir obsesionados por el miedo, sino para aprender a vivir sabiamente.

4. Nos invita a la autenticidad

Dios no mira las apariencias.

Podemos engañar al mundo.

Podemos engañar incluso a personas cercanas.

Pero no podemos engañar a Cristo.

Una llamada urgente para nuestro tiempo

Quizá una de las grandes tragedias espirituales de nuestra época es haber perdido el sentido de la eternidad.

Muchos bautizados viven prácticamente como paganos:

- sin oración,
- sin sacramentos,
- sin examen de conciencia,
- sin pensar jamás en el juicio de Dios.

Y, sin embargo, el Credo sigue proclamándose cada domingo.

Cristo volverá.

No sabemos cuándo.

No sabemos cómo será exactamente ese día.

Pero sabemos con certeza que llegará.



Y entonces sólo permanecerá una cosa:
si hemos vivido unidos a Dios o separados de Él.

Conclusión: vivir preparados

El séptimo artículo del Credo no es un anuncio de terror. Es una proclamación de verdad y esperanza.

La historia humana no termina en el caos.
El sufrimiento no es absurdo.
La injusticia no tendrá la victoria definitiva.
Cristo reina.
Y Cristo volverá.

Por eso el cristiano no vive aterrorizado, sino vigilante.

Como enseñaban tantos santos:
hay que vivir cada día de tal manera que podamos mirar a Cristo sin vergüenza cuando venga.

La mejor preparación para el juicio final no es el miedo, sino la amistad con Jesús:

- confesarse,
- vivir en gracia,
- practicar la caridad,
- perseverar en la oración,
- permanecer fieles a la verdad,
- y amar a Dios por encima de todo.

Porque el Juez que vendrá al final de los tiempos es el mismo que murió en la cruz por nosotros.

Y para quien ha intentado vivir unido a Él, el juicio final no será el encuentro con un desconocido, sino el abrazo definitivo con el Señor.